

EL MAGISTERIO DEL PADRE BONIFACIO

LA patria ha conferido su más alta recompensa —la cruz de Carlos Manuel de Céspedes— al padre Bonifacio Alonso, de la Compañía de Jesús. Se ha elegido una señalada fecha nacional, la del Grito de Baire, para hacerle entrega del diploma y la joya que lo acreditan como miembro de la prestigiosa Orden. La patria premia así cincuenta años de consagración a la docencia; considerada ésta no como una mera dispensación de saberes más o menos útiles, sino como una tarea cabal de formación ciudadana.

Gran suceso es éste para los que tuvimos la dicha de tener por maestro al padre Bonifacio. Su cátedra de Belén ha sido durante medio siglo manantial perenne de la única ciencia que enriquece de veras el espíritu del hombre: aquella que concilia la sabiduría con la bondad, la técnica con la ética. La enseñanza no tuvo jamás ni en su palabra ni en su gesto esa suficiencia vana, ese orgullo de los dómínes pedantes para quienes el magisterio es cosa de exhibicionismo y de alarde. El saber que transmitió a sus discípulos fué siempre un "saber de salvación", no sólo en el sentido religioso, sino también en la acepción cultural de la palabra. Maestro por amor, por fe, por central vocación, no necesitó de un complicado aparato dialéctico o pedagógico para enseñar, junto con las asignaturas de rigor, esa otra asignatura que no está en los planes de estudio y que es la fundamental de toda misión educativa: la que transforma a la criatura de mero sujeto de instintos en hombre a plenitud de conciencia. Aquel "culto a la dignidad plena del hombre" que señalaba Martí como deber cardinal del ciudadano, tuvo en el padre Bonifacio un oficiante fervoroso. La transmisión del conocimiento jamás fué en él repetición cansona, helada rutina, seco ejercicio de la memoria o de la mente. Su dulce magisterio fué una entrega generosa y cordial. Y en su presencia mínima, en su ademán humilde, en su alegría infantil y en su sonrisa candorosa, vibraba aquella "sagesse du coeur" que era para Pascal la virtud distintiva y suprema del maestro.

Los que asistimos a las lecciones del padre Bonifacio, los que en cursos diversos estuvimos bajo su disciplina suave y eficaz, tenemos algo en común: la huella de una ternura paternal que no se nos ha borrado en el alma y que, andando el tiempo, nos ha servido de consuelo y de alivio en el duro bregar de la vida. Lo que sólo se capta con la inteligencia puede olvidarse en el decursar de los años; lo que se aprende con el corazón, no se olvida jamás. El método del padre Bonifacio —si cabe llamar así a algo tan personal e intransferible— miraba tanto a los sentimientos como a las facultades

intelectuales de los alumnos, pues para él lo importante era que todo enseñar fuese esencialmente un "enseñar a ser bueno". Sólo esta concepción profundamente moral de la docencia siembra en el alma un saber que no aparta de Dios.

Doble fiesta será, pues, la del 24 de Febrero para los antiguos alumnos de Belén: por la conmemoración patriótica y por la alta y justa distinción de que será objeto ese día el virtuoso sacerdote e inolvidable maestro. Ojalá todas las

femérides gloriosas de la patria las celebremos así, honrando a los que, con el ejemplo de su vida y la fecundidad de su tarea espiritual, han incitado a las generaciones republicanas a completar la magna obra de los fundadores.

Francisco ICHASO

Man. Feb 24/48